

1

Pensando en Bach, escribe Cioran:

Tras un oratorio, una cantata o una Pasión, Él tiene que existir. De lo contrario toda la obra del cantor sería una ilusión desgarradora... Pensar que tantos teólogos y filósofos han perdido días y noches buscando pruebas de la existencia de Dios, olvidando la única...

Parece así que la idea de divinidad está atravesada más por la emoción, por alguna exótica necesidad estética que anida en el espíritu de los hombres, que por los argumentos intelectuales que, a la postre, resultan ser siempre débiles. Lo que sugiere que la idea de una divinidad no necesita pasar por las exigencias y los filtros artificiales de la razón. Como si la existencia de esta música absoluta volviese irrelevantes las palabras y los argumentos.

Tal vez nunca son suficientes las palabras para convencernos. O tal vez, de un modo insospechado, la música de Bach pruebe que es imposible la inexistencia de Dios. Teología inversa cuyo argumento se inicia con la voz profunda de un órgano en una catedral gótica. No estaría entonces Cioran lejos de Teresa de Ávila. Solo que en Cioran hay algo amargo, pues él sabe que Dios, incluso ante la invocación de Bach, tal vez se resista a existir.

No hay pruebas de un Dios, tampoco de su inexistencia. Lo único cierto es que la *idea* de Dios existe y persiste.

# El universo dividido

Alonso Sepúlveda

## 2

*Fuera de las murallas de Babilonia y no lejos del palacio del rey Nabucodonosor apacento el rebaño de cabras que heredé de mi padre. Ahora, anunciando el amanecer, veo la gran estrella del levante y sé por ella que comenzará el verano. Será una buena época y habrá miel, leche y carne. Lo dicen las estrellas.*

## 3

Desde su aparición sobre la Tierra, el hombre ha hecho su vida bajo la inclemencia de las tormentas, los vendavales, los terremotos, las erupciones volcánicas; bajo la devastación que este organismo vivo que es nuestro planeta es capaz de imponer a su voluntad. La presencia del hombre en el mundo es testigo de poderes que lo desbordan. Nada podemos hacer ante las leyes que gobiernan los cielos y las entrañas del mundo.

La ciencia de la Tierra conoce cataclismos que son sólo pequeñas convulsiones de su corteza u ostentaciones de sus fuegos internos. Cuando los movimientos del suelo y de los mares, cuando las convulsiones de la atmosfera huracanada devastaron lo que habitaban, nuestros ancestros imaginaron fuerzas ajenas a nuestra voluntad que residen fuera de nosotros. Habitamos el seno de un vasto e impredecible poder.

Minúsculos avatares de nuestro planeta han marcado la caída o el ascenso de civilizaciones. Nuestro siglo, con su conocimiento, no ha logrado domesticar la tierra, el agua, el aire y el fuego.

Ante los elementos somos frágiles. No hay seguridad alguna en la Tierra. Nada nos protege de la oscura voluntad del planeta, pues nuestra sabiduría no está acompañada por grandes poderes. Tenemos hermosas teorías y técnicas precarias, pero pequeños controles sobre el entorno. En el fondo, sólo sabemos perturbar los órdenes arcaicos. Y sabemos predecir y convivir con algunos ritmos básicos del mundo como las estaciones, sembramos con la seguridad de que los ritmos entendidos del Sol simpatizan con nuestras cosechas. Sólo que una amplia y ciega voluntad se opone a nuestro dominio. Ante las fuerzas naturales en acción, el conocimiento moderno es una débil y elaborada respuesta.

Desde hace muchos siglos aprendimos que los ritmos de nuestra tierra vienen de los cielos, que la Luna y el Sol dominan los ciclos de nuestra vida.

Algunos supusieron que también los minúsculos y cotidianos acontecimientos o el amplio y tortuoso camino de nuestros días. Por ello aprendimos a consultar a los astros.

Antiguos sacerdotes imaginaron destinos bajo las estrellas dominados o configurados por los lejanos caminos de los cielos, por el orden arcano de las constelaciones. Aprendimos, en el transcurso de milenios, a preguntarle al Sol sobre las lluvias, las estaciones y las siembras. Y terminamos creyendo que la alta cúpula de las noches era nuestro espejo. Hay en los cielos un reflejo magnificado de nuestro pequeño poder en la Tierra. No en vano los reyes han buscado en lo alto la raíz y el soporte de su condición. No es casual que la cabeza de los reyes se corone con el oro del Sol.

Hay tal vez arriba grandes poderes. O tal vez uno. No una pléyade de voluntades dedicada cada una a la dirección de nuestros pequeños y dispersos acontecimientos, como si el mundo no tuviese unidad. Tal vez el desorden aparente que nos asiste es un conflicto entre tan diversas y poderosas voluntades.

Pero tal vez, Amón-Ra, Jahveh, Vishnú, Alá, sean el mismo y distinto Señor. Sólo uno, el Padre de nuestra casa, el Universo. El que no se nombra pero bajo cuya palabra ocurre lo que vemos y lo que decimos en cada día nosotros, señores del lenguaje, como si la divinidad fuese también un engendro de nuestra palabra. Como si el verbo que somos hubiese engendrado el espíritu que flotaba sobre las aguas.

Tal vez siempre fue ilegítimo haber hecho Persona lo que sólo era el antiguo asombro ante poderes o fenómenos indomables ajenos a nuestra voluntad, y todo porque nos descubrimos habitando un mundo extraño, no elegido, azaroso, lejano a nuestros deseos, en el que nos sentimos indefensos.

Desde entonces una divinidad preside nuestros pueblos, con algo de Padre, de juez y de dueño. Paradigma, entonces, de un gobernante. Un poder cuya distancia a nosotros —ni espacial ni temporal— nos hace su esclavo. Es el autor del orden del mundo, de su oculta armonía.

## 4

Un prado en el campo. Tendido ante la cúpula nocturna, las estrellas brillan en silencio. Al bajar la mirada hacia la hierba encuentro otra noche de

luces que vuelan. Las luciérnagas son las estrellas de la Tierra. Las estrellas son las luciérnagas del cielo. Hay silencios armónicos arriba y en lo bajo oigo las insistentes llamadas de amor de las cigarras. Tal vez arriba y abajo se canta, al unísono, la música de las esferas.

## 5

Que hay un mundo fuera de nuestra mente es el supuesto fundamental del conocimiento científico. Son sus regularidades y su persistencia lo que queremos conocer. En este plan de encuentro de la mente con lo natural inventamos los conceptos que guían la aventura. Son ellos destilaciones sutiles de lo que los sentidos informan a nuestro cerebro. El mejor resultado de esta alquimia lo expresan nuestras teorías, elaboraciones soportadas por axiomas con los que intentamos organizar nuestra percepción del acontecer.

La ciencia más elemental, la física, pretende desde la experiencia y desde su medición averiguar las más simples reglas del mundo. En otro momento pretenderá construir o imaginar relaciones causales. Cuando el pensamiento se orienta a este propósito aspira a que razón y experiencia, en estrecha alianza, permitan adivinar y predecir el orden externo.

En este trabajo que quiere objetividad la mente no involucra sus más íntimos fantasmas, pues cree que con lógica, observación y experimento puede construir una imagen del mundo. Causa y efecto comienzan entonces por ser encadenamientos del devenir. El sentido de lo percibido se inscribe dentro de un orden construido por la razón. Entre lo que antecede y lo que sucede no hay necesariamente, desde la razón experimental, una causa primera y un propósito final. Vale decir, que no hay teología, ni teleología, en el proyecto científico.

Podría creerse que en un dios de orden, uno que genere leyes y las deje realizarse sin interferencia, no cabrían preferencias por individuos, ni géneros, ni especies; un dios indiferente ante las criaturas venidas de la ley.

## 6

*Al Dios que imaginas nada pedirás. Soy sólo el ordenador del Universo. Los detalles y el conjunto de tu vida, tus obras y pesares no fueron por mí decididas,*

*pues vienen de leyes que te contienen y anteceden, por lo que la responsabilidad de lo que te ocurra será sólo tuya o de tu especie. No habrá, entonces, premios o castigos a tus acciones. No habrá para ti más paraíso que la Tierra.*

*No estaré en momento alguno para asistir tus debilidades. Toda invocación a mí será en vano pues sólo quise dar un orden al cosmos, no aliviar tus penas, ni mitigar el rigor de las leyes naturales.*

*Cada ley que conduzca a tu sufrimiento o de los tuyos, es sólo el resultado de la evolución anticipada en mis leyes iniciales; de ellas no me ocupan los detalles de las historias posteriores. No me harás reclamos por ello.*

*Cuando concibas mi abandono a los asuntos humanos deberás pensar que tus dichas y dolores no vienen de mi voluntad. Vienen de leyes que ignoras. La palabra inclemente no se aplica a las leyes naturales.*

*Tu vida te enseñará que la selva donde habitan las fieras está dentro de vos, y sin tregua has de luchar contra el peor de los enemigos: tus ideas. Encontrarás con ellas el orden del mundo y ninguna te conducirá hasta mí, porque en ese orden soy invisible.*

*Has de tener siempre presente que el conocimiento te expulsará de todos los paraísos. Descubrirás que conocer es abrir la puerta de la desdicha.*

*Creerás verme en todas partes, en los ojos de amor de una mujer, en el dolor cuando ella no esté, en la alegría que te traerán tus provisionales teorías, en las que seguramente querrás verme. No lo esperes, pues no me verás en mi obra. Estoy lejos de la materia del mundo.*

*Yo, señor del Orden, disfruto de mi otra cara, el Azar. Lo que ves como la sonrisa inesperada, un chubasco en medio del sol o el arco iris; asistirás a acontecimientos pasajeros en el camino del azar que ocupan sólo una parte menor de mi eternidad.*

*Es tu voluntad tenerme a tu lado o ignorarme; haces parte de un orden en el que no tienes importancia alguna. Serán vanas, por ello, tus oraciones.*

## 7

No es competencia del pensamiento científico plantearse el por qué o la causa del orden del mundo, pues la pregunta desborda la humilde intención del proyecto, el que inventado por la razón quiere con sus propios medios, observación, razón y experimentación, acercarse al entendimiento del orden sensorial del acontecer. En ese plan de conocimiento, no debe-

rían tener cabida conceptos que no hagan referencia al mundo instrumentado o razonado. Por tanto, este proyecto no favorecerá conceptos metafísicos, ni causas que en el mundo no tengan sus efectos o efectos cuyas causas no habiten en el mundo natural. En este mundo del discurso no hay cabida para un Dios, efecto sin causa. Esta idea tiene su albergue sólo en lo personal.

Tal vez Dios es un asunto cultural inevitable, por lo cual demostrar si existe o no, no es un problema científico; culturalmente importa sólo la existencia de la idea. Dios, en este contexto no es un problema teológico sino cultural, vale decir, antropológico. ¿Puede demostrarse acaso la existencia del contenido de una idea?

¿Es Dios un objeto del entendimiento, una idea, un objeto del mundo? Del mundo natural no, pues no es definible mediante una operación experimental. ¿O es un ser fuera del mundo, sin definición operacional, por no ser sensorial? En tal caso está fuera de las ciencias naturales.

¿Dónde está Dios? ¿Habría para Él un lugar? No. No existe espacialmente. No está tampoco en el tiempo. No está por tanto en el mundo de los fenómenos. Ni en el espacio ni en el tiempo, pues tal vez serían estos parte de su creación. En ningún lugar habita y nada lo contiene, no es ahora ni después, es lo eterno. Si hizo el tiempo, su terreno es la eternidad. En este sentido es imposible ser ateo porque la idea de inmensidad, de infinito, que habita en el alma del hombre no tiene contraparte objetiva, es decir, experimental. Existe en la mente como la idea, también hermosa e inalcanzable, del infinito matemático.

Sólo que la mayoría de los hombres lo imagina como el más habilidoso de los artesanos; todas las culturas lo concibieron a imagen y semejanza del hombre. Los cosmólogos modernos no acuden, cuando piensan con su precisión, a esta idea. Los cosmólogos creyentes lo invocan por su fe, aunque en ningún momento lo evoquen sus ecuaciones. A Dios se le sueña acaso en el drama silencioso que sigue a los cálculos sobre los primeros instantes del mundo, pero no está Él ahí para aclarar los enigmas del origen. El cosmólogo de fe encuentra en Él el fundamento del Universo y de su fe, así como el que abandonó la creencia quiere, con una fe inversa, que su ciencia hable sin Él del orden observado.

## 8

*La teología es un tema literario.*

*Lo diré con una metáfora: la sonrisa del gato de Cheshire evoca un universo dotado de extraños órdenes del acontecer. Es sólo sonrisa, tras ella nada se oculta.*

*Así, el lector del mundo, el naturalista, puede intuir un orden a través de sus leyes, sin que sea necesaria la existencia del gato.*

*Las ciencias se ocupan sólo de la sonrisa, vale decir, de los fenómenos.*

*Aun así, habrá quien se ocupe del gato invisible.*

## 9

El pensamiento científico conoce su provisionalidad y es dueño de su fragilidad. Su verdad no es sólo hallazgo, pues se tiñe de la ambición de desnudar los secretos que están ante sus ojos. Ante los sueños —monstruos de la razón ya sabemos— está la vigilia obligatoria y sin tregua de la experimentación. Por eso los científicos saben que se puede soñar sólo con rigor, que cualquier teoría es una fantasía que, controlada por el mundo, despierta al hombre a sus inconfundibles reglas. Entender la naturaleza es soñarla desde la inclemente exigencia que imponen los hechos, los experimentos.

La más sana epistemología enseña que la física comienza por suponer que fuera de nuestra mente hay un mundo que, soñado por todos o real, tiene reglas; reglas de un sueño global, poco importa, pues en cualquiera de los mundos posibles los físicos siempre querrán descubrir las reglas del mundo en que ocurren sus sueños.

Lo dicho sugiere que ninguna demostración de la realidad del mundo es creíble, que la existencia de un mundo con leyes bien puede invocar una física fantástica, pero precisa, donde los hombres son capaces de predecir con certeza fatal ciertos devenires. Sueño de precisión que, como en alguna mitología hindú, se prolonga hasta el despertar del Dios que nos sueña. Que sueña las leyes.

## 10

En la infancia, la música del órgano de una iglesia conjuga extrañamente la beatitud y la culpa. Ante su grave armonía, el pensamiento inaugura la nostalgia de Dios. Teología inversa surgida de la emoción.

No se recorren con parsimonia las naves de las iglesias sólo por el gusto de su arquitectura o por la

luz que desde los vitrales ilumina el espíritu. En ellas habita el dios perdido o confirmado, como en los cementerios visitados habitan los amigos ausentes. Lugares de nostalgia de los que algo han perdido.

El órgano de una iglesia de infancia puede ser el inicio de un argumento teológico. Las notas, solemnes, aseguran a la emoción que Dios no debe andar muy lejos.

Antes de cualquier argumento racional puede sentirse que la divinidad nos llega desde esos sonidos. Tal vez por eso en las iglesias sin órgano, la religiosidad se vive con menor pasión, porque en la infancia, al menos, lo celestial llega por los sentidos. Bien puede la mente simpatizar con Cioran, para quien la idea de Dios pasa por la música de Bach y para quien la teología es un asunto estético.

Quizás la fascinación de las notas de un órgano que desde la calle nos atrae al interior de la catedral tiene su raíz en una antigua nostalgia, en el nacimiento de la teología infantil que nació con la música, y en la que la inteligencia podría encontrar con los años la armonía de las esferas.

## 11

El orden que el universo manifiesta es inmensamente más rico que lo que sugiere cualquiera de las religiones. La elaboración de los átomos por las estrellas, centro de la astrofísica estelar, no cabe en las religiones pero sí en la poesía. Lo sabía Khayyam. El dios que genera el mundo, según las religiones, no tiene la imaginación para generar en el interior de las supergigantes rojas y las supernovas los elementos que nos conforman. Antes no había átomos. Estos vienen de arriba. Somos materia de estrellas. Hermanos de las nubes, hijos de las estrellas, como soñó Khayyam.

Si la astrofísica pudiera sugerir un dios, sería este el señor del orden abstracto del universo. Nada en este dios le sería extraño, porque comanda un orden singular donde la diversidad de lo creado es apenas una apariencia, pues todo puede entenderse desde una sola ley. Tal vez no sea bello un dios que en su “fiat lux” comience desde algo distinto a una gran idea, una única Ley. “Fiat lux” es que exista la materia y sus leyes.

Una sola acción comanda el mundo, cree la mayoría de los teóricos. Es esto lo que da unidad al universo y en consecuencia a la Creación. Un dios esteta y de poder. Un dios que es origen, tal vez, del espacio y el



*Nebulosa Orion.* Foto: Hubble y Spitzer  
Fuente: NASA, JPL-Caltech/STScI.



*Messier 82 (M82).* Foto: Hubble y Spitzer  
Fuente: NASA, ESA, The Hubble Heritage Team (STScI)



The Sombrero Galaxy (M104). Fuente: hubblesite.org



The Cat's Eye Nebula. Una estrella moribunda crea una escultura de gas y polvo. Fuente: hubblesite.org

tiempo y las cosas, y en cuya evolución está todo lo que ha sido y será: galaxias, estrellas, planetas, átomos, y tu vida que surgió de lo que se dijo al principio del tiempo. Ocurriste sólo como algo que viene de las leyes del inicio, pero no eres parte excelsa de la obra, como tampoco la noche o las tormentas o la explosión de las supernovas. Por ello, el sufrimiento humano o de cualquier criatura está a al mismo nivel. Nada hay en ello de trascendente, pues viene sólo de nuestra condición animal, terrena y perecedera. Viene de abajo, de los males y bondades de la materia y de su orden.

Quienes necesitan un dios tal vez lo que quieren, más que un ordenador del cosmos, es la garantía abso-

luta de que hay un sentido en las obras del hombre, de que la moral está fundamentada en los cielos. Quieren un Padre absoluto.

Como si la libertad humana no fuese garantía suficiente de responsabilidad. Debe haber un poder absoluto que nos diga qué es el bien y qué es el mal, pues parece que el hombre no puede legislar sobre sí.

Puede ser que la vida humana sin un legislador absoluto de la moral, sin un dios personal, sea más responsable porque invoca sólo lo humano, no lo trascendente; porque hace al hombre consciente de su irremediable soledad en el cosmos. El bien se refiere sólo a mí y a los otros, fuera de lo cual es un concepto sin importancia.

La idea de un dios personal admite la libertad, pero da a la acción humana un sentido que la trasciende porque es elegido desde una Voluntad, que nos sobrepasa. Sin esta voluntad la libertad humana, por necesidad, ha de ejercerse con responsabilidad y sin otro testigo que nuestros congéneres.

Por ello, una vida sin dios exige medida, responsabilidad, condescendencia, tolerancia; enseña que el origen de los valores reside en el hombre. Por lo cual la acción humana, libre, no puede ser agresiva o impositiva. Los valores vienen del interior del hombre, puesto que no hay trascendencia.

El ateísmo genuino no puede surgir desde las religiones, porque serían negaciones de sus dioses particulares. El ateísmo sincero viene de su exterior, es decir, es laico. No nace de negar los textos sagrados, los ritos, las costumbres de la tribu, pues debe basarse apenas en la cosmología: en el hecho de que el uni-

verso exista, en sus reglas, en su evolución. No puede ser negación de dioses particulares de las culturas. Las religiones no pueden generar desde su interior su propia negación, porque al carecer de objetividad no permiten ser contrastadas y por tanto validadas, y porque su territorio es el de la fe.

Es decir, el tema de Dios no es religioso. Es filosófico y ontológico, vale decir, cultural. Por lo cual ha de ser una preocupación laica.

Sólo por fuera de las religiones tiene el tema de Dios una genuina pertinencia intelectual; sentido en el cual se emparenta sin dificultad con los de causalidad, determinismo, origen y evolución, entre otros. Estudio que debe abandonar la consulta de los textos sagrados, los que, en el mejor de los casos, han de considerarse como textos literarios —de alta poesía, quizás—, pero no filosóficos, ni científicos.

Por ello la teología ha de ser laica y abordarse con el mismo criterio con el que se entra en la filosofía y la literatura, y entendiéndose ante todo que, en verdad, el problema no es Dios, ni su existencia, es el papel que esta idea desempeña en la cultura. Entender, por ejemplo, que Dios es a la vez religión, tradición y poder. Ser al que también se le pide, por fuera de toda regla humana, que sea el fundamento de la moral.

Dios no es un objeto del mundo. No es abordable desde los sentidos y la razón. Es más un objeto poético.

A la cultura moderna le debe convenir teologizar a dios, es decir, alejarlo de su hábitat cultural, la religión. Crear un dios laico, que es lo único que tal vez imagine la ciencia moderna.

## 12

Fui esta tarde a Versalles al palacio del emperador, mi antiguo alumno de matemáticas, a llevarle mi libro sobre el orden de los cielos.

El gran Newton creyó ver el surgimiento del desorden del sistema solar en las mutuas acciones entre los planetas, por lo que imaginó que el Creador extendería en ocasiones su mano para restaurar el orden perdido. He probado, sin embargo, que estas perturbaciones no afectan la estabilidad de los cielos.

Ni en el prólogo, ni en sus arduas ecuaciones vio Napoleón la huella del Señor.

—¿Monsieur Laplace, dónde está Dios en tu sistema del mundo?—me dijo.

—Son sólo ecuaciones, mi señor —le respondí—, al escribirlas no usé esa hipótesis.

## 13

La cosmología, una antigua rama de la filosofía y la metafísica que tanto exigió a la imaginación de teólogos y filósofos durante más de dos mil años, terminó convertida en una rama de las ciencias naturales. La cosmología, pensamiento sobre el universo como totalidad, sobre el espacio y el tiempo, sobre el mundo y su origen, hace ya parte del conocimiento preciso, verificable. La pregunta filosófica sobre el cosmos es, desde Einstein, una pregunta de las ciencias naturales.

Con singular modestia, los últimos cosmólogos aseguran haber elaborado una teoría de la evolución del universo a partir de  $10^{-43}$  segundos después del Big Bang. Casi el origen, se diría. Pero puede preguntarse, ¿y en  $10^{-80}$  segundos, en  $10^{-500}$ ? ¿Dónde ocurre el origen? En el tiempo cero, por supuesto. Sólo que los argumentos de la mecánica cuántica aseguran que no es del todo sensato hacer teorías que hablen de épocas anteriores al tiempo de Planck,  $10^{-43}$  segundos, porque en esos instantes y lugares no puede hablarse con nitidez de espacio y tiempo, pues tal vez son esos los momentos en los que apenas empezaban a configurarse. Escenario tan difuso donde es imposible precisar una noción del acontecer, porque cuando el mundo empezó —en el Big Bang— lo hizo como un ente difuso en el que no había diferencia entre acontecer y lugar. El transcurrir tenía fisuras donde, por expresarlo con torpes palabras, el tiempo no sabía en qué lugar transcurría y donde cada lugar del espacio tenía ocurrencia transitoria y fluctuante. Imposible el cuándo y el dónde, porque estar allí o antes era indistinguible de acá o después, porque no había diferencia entre el espacio y el tiempo. Tal vez desde un caos inicial, desde el Apeiron de Anaximandro, a los  $10^{-43}$  segundos surgió el primer asomo de orden aparente, el campo único del que todo viene por disgregación de la simetría inicial. Tal vez el mundo venga de esa indiferenciación inicial entre el cuándo y el dónde que después sería el orden espacio-temporal que conocemos.

¿En esos instantes de espacio y lugares de tiempo hubo un “fiat lux”? ¿Ocurrió entonces el comienzo del espacio y el tiempo que ahora concebimos? ¿Ocurrir, comenzar, tienen sentido allí estas palabras? ¿Y hay un por qué? ¿Hubo una causa? ¿O aquí terminan las preguntas?

Sobre estas épocas primordiales en las que el espacio y el tiempo eran nuevos, los cosmólogos dicen: nuestras teorías son incompletas, no sabemos con claridad qué significa durar, qué significa estar ahí. Hay procesos que no entendemos...

¿El origen? ¿El comienzo verdadero del universo? Haremos cada vez mejores teorías, cada dato observacional nos permitirá ir más lejos, con cada nuevo instrumento viajaremos más al fondo del tiempo. ¿Y cuando se llegue al inicio, a la más profunda comprensión? Tal vez hacia atrás de  $10^{-43}$  segundos no haya más profunda comprensión, porque deberemos avanzar primero a  $10^{-100}$  segundos, luego a  $10^{-1000}$  y a  $10^{-1000000}$ , tiempos que, pequeños pero no cero, no son el origen. Quizás nada sabremos sobre ese acontecimiento singular en que estar y durar, al no ser claramente indistinguibles, invoquen otro modo de entender.

Y entretanto, ¿Por qué ocurrió? No faltan las teorías. Una de ellas sugiere que, sin causa alguna, y sólo como una manifestación del azar entronizado por la mecánica cuántica, el universo surgió desde un evento espontáneo, singular e innecesario, sin violar ninguna de las leyes de conservación conocidas por los físicos, pues, en particular, la energía total del universo es cero, antes —si vale la palabra— y ahora. Son sólo ideas.

Este panorama incierto es terreno ya abonado para teólogos. ¿Dónde estaba Dios en estas épocas difusas donde el espacio y el tiempo no tenían aun la configuración que vemos en nuestro presente? Habitaba quizá la eternidad, que no es el tiempo.

He ahí, otra vez, la antigua pregunta ¿precede el tiempo a la creación?; no es competencia de astrofísicos. No aparece en sus elucubraciones, menos aún en sus ecuaciones, aunque tal vez la pregunta se la hagan en la soledad de la alta noche metafísica, en su noche oscura del alma...

#### 14

—No creo —dice Einstein— que el Señor haya diseñado un mundo regido por el azar.

—¿Es decir —replica Bohr—, que debería Él haber contado con tus instrucciones?

#### 15

La cosmología moderna dice que de épocas anteriores al tiempo de Planck nada sabemos con alguna

seguridad, y sin embargo no invoca un dios. Excepcionalmente a los creyentes, por supuesto. Si hay un dios no es deducible de su creación, pues el orden que generó no lo incluye como objeto de conocimiento. Por tanto ninguna filosofía precisa del mundo incluye un creador. Tal vez la divinidad se excluyó de su obra, podría argumentarse. En tal caso entender la obra ni lo confirma ni lo niega. No es un objeto de conocimiento, sólo de fe.

¿Conduce la astrofísica a una idea y a una creencia en un Dios causa y origen del universo? Las teorías nada pueden demostrar, tampoco los experimentos o las observaciones. Hay una fe que precede o una falta de fe. La cosmología conduce a lo teológico sólo a nivel personal, pues no hay una ciencia cosmológica que lleve a una *ciencia* de dios.

La cosmología actual es difusa en los primeros instantes. Y no por ignorancia invoca a un dios. Incluso si en el momento exacto del origen hubiese claridad sobre su ocurrencia, estaría dios fuera del discurso, pues no es un observable del mundo.

Así pues, la cosmología científica, desde sus métodos, nada puede decir sobre un dios; no contiene ni sugiere una teología. Entre las líneas de sus ecuaciones permite leer que en la descripción del mundo, como anticipó Laplace, la idea no es pertinente. No puede conducir a un dios o a su negación, como tampoco conduce a Él ninguna de las pruebas. Lo que permite concluir, otra vez, que se trata sólo de un asunto personal.

El dios que podría imaginar un astrofísico, un cosmólogo, es generador de orden, puro ser sin pasiones, matemático, indiferente; a diferencia del dios de Newton, que es un dios de voluntad. Desde el pensamiento cosmológico lo natural se sigue como desarrollo de una ley inicial, sin moral y sin propósito, sin objetivo ni destino.

La cosmología moderna ha dejado la divinidad como un tema íntimo, pues la idea de dios no es un concepto científico. Lo que permite que en la comunidad de estos pensadores sea posible encontrar creyentes, escépticos e indiferentes. ■

*Alonso Sepúlveda* (Colombia)

Investigador del Centro Internacional de Astrofísica de la Universidad de Roma “La Sapienza” y miembro de la Sociedad Colombiana de Física. Entre sus obras están: *Estética y simetrías* (2003) y *Electromagnetismo* (2009).